

**México:
el nacionalismo
como defensa**

Lorenzo Meyer

Este ensayo parte de calificar al nacionalismo mexicano como defensivo. Ahora bien, en nuestro caso la no agresividad no implica necesariamente ausencia de segundas intenciones, de incongruencias, demagogia e incluso de excesos.

El concepto

El proyecto y sentido del nacionalismo mexicano en sus variantes se ha formulado y fomentado de manera sistemática por las élites aunque con diferentes enfoques y abrevando en diferentes fuentes ideológicas –tanto conservadoras como progresistas–. Sin embargo, todas las variantes mantienen un elemento común: la defensa de lo que en cada época y desde cada una de sus corrientes políticas se definió como el interés general o mayoritario frente a un entorno externo siempre vivido como agresivo y potencial o efectivamente peligroso para el país.

Y es que en el sistema internacional las reglas del juego han sido elaboradas, interpretadas e impuestas en función de los intereses propios de las grandes potencias de cada época. Y las dirigencias mexicanas, sean del grupo ideológico que sean y estén en el poder o en la oposición, básicamente han formulado sus políticas hacia el mundo exterior como reacción ante la política del poder de esas potencias, poder que invariable e inevitablemente contienen elementos velada o abiertamente imperiales.

En términos generales, la idea que aquí se expone subraya que tanto por su origen histórico como por las condiciones internas y las geopolíticas en que se ha desarrollado a lo largo de los dos últimos siglos el nacionalismo mexicano se ha mantenido como una fuerza política importante en el juego de los proyectos de los grupos que han disputado y ejercido el poder. Su naturaleza siempre ha sido fundamentalmente defensiva, lo que no significa que en ocasiones al interior del país no haya adquirido expresiones agresivas, incluso xenófobas y violentas, como la masacre de ciudadanos chinos en Torreón en 1911. Pero a diferencia de otros nacionalismos el nuestro no se ha significado por ser un peligro para otras naciones, aunque quizá en Guatemala haya quien no concuerde con esta afirmación.

Antes de adentrarnos en la naturaleza de nuestro objeto de reflexión conviene abordar la definición misma del concepto. Como en muchos otros casos no hay una definición universalmente aceptada. Sin embargo, para

el propósito de este ensayo es adecuada la empleada por Benedict Anderson en su ya clásico *Comunidades imaginadas* (*Imagined Communities*, 1983). Así, el modelo ideal de nación es “una comunidad política imaginada como esencialmente limitada y soberana”. Desde esta perspectiva las naciones no son comunidades “escritas por el dedo de Dios” ni tampoco resultado natural de la convivencia y el contacto directo y frecuente de sus miembros sino producto de la invención del Estado nacional alrededor del siglo xv. La idea de nación implica la existencia de una comunidad con supuestos intereses políticos comunes a pesar de sus diferencias de clase y con una autoridad centralizada. En principio, esta colectividad es percibida por la mayoría de sus miembros como legítima e incluso como predeterminada por razones históricas o divinas. Se trata de una comunidad con fronteras definidas y que ha logrado acumular el poder necesario para hacer efectivo su reclamo a la soberanía, es decir, su derecho al autogobierno frente a otras entidades similares.

De esta definición de nación –sin duda ideal– se deduce que el nacionalismo es la interiorización por parte de los miembros de la comunidad imaginada de una lealtad, en principio irrestricta, a ese Estado nacional independientemente de las diferencias que pudieran existir entre ellos como resultado de la estructura de clases y de las diferencias políticas, religiosas, étnicas, regionales o de cualquier otra índole.

El nacionalismo es un fenómeno político relativamente reciente -de dos o tres siglos atrás- que surgió en Europa de un contexto cultural, político y económico conformado por la ilustración y la pérdida de legitimidad de la monarquía, la imprenta, la globalización capitalista, la idea de la democracia como forma de gobierno y una interpretación de la historia de la comunidad generada por sus élites intelectuales. Y de Europa el fenómeno se extendió al resto del planeta a partir del siglo xix hasta llegar a ser la forma de organización dominante en el siguiente siglo.

El inicio

La historiografía mexicana ha destacado como elementos iniciales en la configuración del nacionalismo mexicano, entre otros, el guadalupanismo popular: México como comunidad católica elegida por la mismísima madre de Dios, la virgen María, para hacer su aparición ante un miembro de la mayoría étnica sometida, discriminada y pobre (véase a David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, SepSetentas, 1973) o la defensa y exaltación de lo propiamente histórico mexicano en las obras escritas en el exilio por los jesuitas expulsados y despojados de sus posesiones y posiciones en la Nueva España por Madrid en el siglo xvii. La más destacada de estas visiones es la de Francisco Javier Clavijero, (*Historia antigua de México*, Porrúa, 1945) publicada en 1780 y cuya meta era “servir del mejor modo posible a mi patria” entendida como México y no como la nación española.

La destrucción del orden internacional europeo en el siglo xix como resultado de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas, tuvieron como uno de sus efectos el violento desmembramiento del gran imperio trasatlántico español en América. Para México eso implicó el inicio de una cruenta guerra civil donde el bando insurgente adquirió desde el inicio un claro tinte popular y antiespañol y muy pronto formuló como demanda central hacer de México una entidad soberana.

La posibilidad de dar a México el carácter de nación independiente tuvo como ejemplo importante a la independencia norteamericana que desembocó en lo que Seymour Martin Lipset llamó “La primera nueva nación”, (*The First New Nation*, 1979) al reclamar con éxito su soberanía frente a Inglaterra en 1776 y dar forma a un sistema original de gobierno.

El transformar la rebelión popular iniciada en 1810 en el inicio de un proceso que llevaría a hacer de una colonia una nación que abarcara desde el septentrión hasta Centroamérica lo expresó de manera clara el líder insurgente José María Morelos y Pavón en el primer punto de su documento de 1813 “Los sentimientos de la nación”. Tras un largo y sangriento conflicto, en 1821 la élite de los leales a la España del retornado Fernando vii, concluyó que el afianzamiento del status colonial que les ofrecía Madrid era menos atractivo que un futuro donde fueran ellos los amos de su propio territorio y destino.

Así, una buena parte de las élites económicas, militares y eclesiásticas que habían combatido con ferocidad a la insurgencia optaron por hacer suya la idea de una independencia donde ellas fueran las beneficiarias de un poder propio, soberano. Agustín de Iturbide, un militar criollo aceptó encabezar ese proyecto y tras once años de guerra intestina los gobernantes de México proclamaron formalmente la independencia el 28 de septiembre de 1821.

En el arranque de México como entidad política separada de España tuvo que resolver muchos problemas para hacer viable el proyecto de quienes aspiraban a encarnarla y dirigirla. En primer lugar la clase política no logró superar del todo el antagonismo inicial entre antiguos insurgentes y realistas. Esa división original dio lugar a la de republicanos e imperiales para finalmente cuajar en dos grupos y proyectos irreconciliables: el liberal y el conservador.

UN NACIONALISMO SIN NACIÓN. Los ejemplos de las primeras naciones modernas en Europa muestran que el proceso que les llevó de la fragmentación medieval a la consolidación de sus estados nacionales tomó siglos y que en algunos casos, como el español, aún hoy enfrentan problemas para integrar plenamente a los nacionalismos vasco o catalán.

En el México del segundo decenio del siglo xix el español no era un idioma claramente mayoritario y en numerosas regiones existían ya naciones indígenas. El territorio que formalmente reclamaban como propio las autoridades que encabezaban a la nueva nación tenía en el norte límites trazados sólo en papel (el Tratado Adams-Onís de 1819, reafirmado en 1828) pero muy mal definidos sobre el terreno. Ese México era enorme pero escasamente poblado y sus regiones más apartadas eran, en la práctica, zonas desconocidas para las autoridades centrales y donde habitaban verdaderas naciones indígenas, muchas nómadas y que simplemente se resistirían a ser incorporadas a un proyecto más amplio que para ellas era un peligro.

Los más de 4,900 kilómetros cuadrados que inicialmente reclamó como propios, en México estaban poblados por apenas poco más de seis millones de habitantes que, además, estaban concentrados en el centro de su geografía. Es verdad que en el Bajío se había desarrollado una industria minera de la plata muy avanzada y

plenamente integrada al mercado capitalista mundial (John Tutino, *Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española, 2016*) pero en contraste amplias zonas estaban aisladas, casi incomunicadas por una geografía difícil de transitar, con mercados locales rudimentarios o simplemente fuera de cualquier economía moderna. El analfabetismo era dominante y la única liga cultural entre las regiones eran la iglesia y la religión católicas y a veces ni eso.

En 1821 y en la imaginación y proyectos de sus élites y la pequeña clase media ya estaban las semillas de una nación. Sin embargo, la nación misma era apenas un esbozo al que le hacía falta el reconocimiento y apoyo de la mayoría

¿LAS GUERRAS FORJAN NACIONES? Examinando el caso de Prusia puede suponerse que su ejército y sus muchas guerras desembocaron en la formación de la nación alemana. Pero también pueden encontrarse casos que son el reverso de la medalla, donde la guerra deshizo naciones.

La guerra de independencia fragmentó a la Nueva España y hubo brotes separatistas como los de Texas, Zacatecas, Jalisco y Yucatán, aunque en 1829 la victoria del recién nacido ejército mexicano sobre la expedición española que intentó la reconquista (la Expedición Barradas) levantó una ola de entusiasmo patriótico. Sin embargo, las derrotas mexicanas en Texas en 1836 y la guerra de 1846-1848 con Estados Unidos y la consecuen- te pérdida territorial hizo que más de uno dudara de la viabilidad misma de una nación mexicana.

En contraste, la invasión francesa de México de 1862-1867 en apoyo al proyecto imperial del partido conser- vador trabado en una guerra civil sin cuartel contra el grupo liberal, alentó la formación de una conciencia nacionalista con sustento popular. Y es que mientras la guerra contra el invasor norteamericano se desarrolló sin que las elites intentaran una auténtica movilización popular pues temían que armar a la parte plebeya de la sociedad, a las “clases peligrosas” pudiera resultar en algo semejante a la toma de Guanajuato en 1810 por las masas insurgentes. En 1860 los liberales ya no tuvieron repa- ro en acudir a la guerra plebeya, la de guerrillas, lo que marcó el carácter popular de la lucha contra el ejército francés.

EL PORFIRIATO O EL NACIONALISMO DISCRETO.

El fracaso del III Imperio, la evacuación de las fuerzas expedicionarias francesas y el fusilamiento de su efímero emperador austriaco en 1867, fueron cimientos de un sentimiento nacionalista que ya permeaba en las capas populares. La brillante hoja de servicios del general Porfirio Díaz en la lucha contra los franceses le sirvió bien para difuminar el carácter ilegítimo de su captura de la presidencia por la vía de las armas en 1876.

La larga permanencia de Díaz en la presidencia (1876-1911) fue, entre otras cosas, una constante negociación entre el presidente y las potencias extranjeras interesadas en cimentar su presencia en ramas de la economía mexicana, lo mismo en la construcción y manejo de una red ferroviaria que en la producción de minerales y petróleo, en produc- tos agrícolas de exportación o en industrias básicas para el mercado interno, la banca y comercio de importación.

El nacionalismo conservador porfirista se reflejó en actos simbólicos como negar a la armada norteamericana el uso de la Bahía de Magdalena en Baja California, lo mismo que en el control efectivo de la frontera norte para no dar pretexto a incursiones de fuerzas nortea- mericanas so pretexto de acabar con la inseguridad en la región. Sin embargo, la parte más interesante de la concepción porfirista de defensa de la soberanía mexica- na fue su esfuerzo por diversificar la presencia de los in- tereses económicos externos en México, en particular los de la gran potencia de fines del siglo XIX: Inglaterra. La idea era crear contrapesos a la influencia norteamericana, (véanse los tomos correspondientes a la política exterior y a la inversión externa en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato, vida política exterior,* [1961 y 1963]; Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana*, 1991).

Al finalizar el Porfiriato, la inversión europea directa en México se mantenía a la par con la norteamericana y Díaz ya había empezado a negociar la presencia de otro actor externo en México y que se perfilaba como rival de Estados Unidos: Japón, (Víctor Kerber, *“Peligro amarillo”. La sombra de Japón durante la Revolución Mexicana*, [2021]). El juego porfirista con los actores externos no pasó desa- percibido en Washington pero no llegó a desembocar en un choque abierto, como lo demuestra la cordialidad de la entrevista Díaz-Taft -la primera entre mandatarios de los dos países- en la frontera en 1909.

Desde la óptica de los revolucionarios anti porfiristas, el nacionalismo de la dictadura de Díaz no fue tal pues permitió que grandes capitales extranjeros dominaran sectores clave de la economía de México, (Andrés Molina Enriquez, *Los grandes problemas nacionales*, 1908). Sin embargo, para Díaz, México requería modernizarse para mejor defenderse en términos de poder y el capital extranjero era indispensable para la construcción de la red ferroviaria, para un sistema bancario y generar sectores exportadores que fueran dinamos económicos. En esas condiciones el dictador modernizador optó por la estrategia de “combatir el fuego con el fuego” es decir lograr un equilibrio de los capitales externos activos en México. Desde esa óptica la estrategia era nacionalista al evitar que el capital del país vecino del norte se convirtiera en preponderante.

EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO. El éxito de la rebelión maderista tomó por sorpresa tanto a la oligarquía porfirista como a las potencias con intereses en México. Desde el inicio el maderismo adoptó un discurso nacionalista aunque no radical, lo que originó un distanciamiento con los gobiernos de los inversionistas extranjeros por el aumento de impuestos a los petroleros, la mexicanización del personal que operaba los ferrocarriles y sobre todo por la aparición de la inseguridad en las zonas mineras y en el entorno de las grandes haciendas y plantaciones.

Sin embargo, fueron los choques que siguieron a la caída de Madero de los revolucionarios como de contrarrevolucionarios con gobiernos e inversionistas extranjeros lo que llevó a que tanto Estados Unidos como los de Gran Bretaña y en menor medida los de otros países europeos se propusieran influir en el curso de la revolución en México y restaurar el orden perdido. Y fue en el curso de esas intervenciones, que incluyeron tanto el apoyo al golpe militar contra Madero en 1913 como la amenaza y el uso efectivo de la fuerza de las potencias para restaurar el orden en sus términos lo que avivó el sentimiento nacionalista y anti extranjero entre los revolucionarios pero también en los contra revolucionarios tras la toma de Veracruz por la armada norteamericana en 1914 para obligar a Victoriano Huerta a dejar el poder y permitir la modernización política y estabilidad de largo plazo en la frontera sur de Estados Unidos. El choque entre las facciones revolucionarias y la intervención externa añadió

combustible al sentimiento nacionalista incluso en las filas contra revolucionarias, (Berta Ulloa, *la revolución intervenida*, 1971; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 1981).

Naturalmente el actor externo más importante durante todo este período fue Estados Unidos que justo entonces se consolidó como gran potencia. El “factor americano” fue decisivo lo mismo en el derrocamiento del presidente Madero que en la caída del gobierno de sus asesinos, el de Victoriano Huerta y su círculo. Washington entró entonces en contacto y negociación con las principales facciones revolucionarias para finalmente reconocer a la carrancista y chocar con la villista, lo que llevó a una incursión villista a territorio norteamericano y a una acción militar del ejército de Estados Unidos en Chihuahua. La coyuntura de la Revolución Mexicana combinada con la I Guerra Mundial propició que Washington impusiera la subordinación política permanente al resto de los países con intereses en México. Pero esa gran guerra también creó el espacio y el tiempo necesarios para que se aprobara la constitución de 1917 con todos sus rasgos nacionalistas.

Sería bajo el impulso de la presidencia del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) que el nacionalismo revolucionario alcanzó su cima. Sus expresiones más altas fueron la reforma agraria y la expropiación de la industria petrolera pero también la educación y el arte públicos o el sindicalismo. La reforma agraria afectó por igual a latifundistas nacionales que extranjeros y la intervención del gobierno norteamericano directamente con Cárdenas en favor de sus nacionales en el Valle del Yaqui, por ejemplo, resultó infructuosa.

Sin embargo, la acción más espectacular del nacionalismo cardenista fue en el campo petrolero. En teoría, desde 1917 la Constitución había retornado la propiedad del petróleo a la nación pero sólo la hizo efectiva la expropiación de 1938. Y es que el cardenismo supo aprovechar al máximo la coyuntura generada por la política de “Buena Vecindad” de Estados Unidos para llevar a cabo sus transformaciones sin que la presión externa las echara abajo, (Lorenzo Meyer, *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, 2022).

DEL NACIONALISMO PROTECCIONISTA

AL NEOLIBERALISMO. Al gobierno cardenista le siguieron otros que no abandonaron el discurso nacionalista pero que a partir de la alianza de México con Estados Unidos durante la II Guerra Mundial optaron por identificar el nacionalismo con el proyecto de industrialización basada en un mercado interno relativamente débil pero protegido por aranceles, dar apoyo a la burguesía local y poner ciertos límites en los campos y proporción en que podía operar la inversión externa directa.

Dentro de este proyecto de industrialización protegida el gobierno asumió directamente el control de industrias como la generación de electricidad o los servicios ferroviarios (Miguel S. Wionczek, *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*. México, 1967). Por un tiempo el modelo funcionó al lograr un aumento promedio del PIB del 6% anual. En esas condiciones las expresiones del nacionalismo mexicano se volcaron hacia lo simbólico como fue la expropiación de una empresa eléctrica extranjera que ya no deseaba seguir en México, o en relaciones diplomáticas con la Cuba socialista en plena guerra fría pero, a la vez, enfrentaba con dureza a los grupos de izquierda para no dar pie a quejas del gobierno de Washington.

El modelo de crecimiento económico basado en un mercado interno débil y con una industria sin capacidad de competir en el mercado internacional desembocó en déficits crecientes en el intercambio con el exterior e hizo crisis en 1982. A esa crisis económica se sumó otra, producto de los efectos de un sistema político sólo democrático en la forma pero de partido de Estado en su práctica. Desde 1960 este régimen estaba siendo seriamente cuestionado pero lo estuvo más a partir del proceso electoral abiertamente fraudulento de 1988 y de la aparición de una guerrilla indígena en los 1990.

La dirección política del régimen mexicano de los 1980 y 1990 optó por llevar a cabo una perestroika mexicana –la transformación a fondo de la economía– pero sin ningún glasnost –el cambio político. La globalización neoliberal desatada desde los Estados Unidos de Ronald Reagan y el Reino Unido de Margaret Thatcher llegó entonces a México con fuerza y con el propósito de dejar a las fuerzas del mercado global la gran tarea de asignar los recursos y recompensas económicas con el mínimo de intervención gubernamental, lo que requería un gran proceso de privatización. El nuevo modelo se impuso bajo

el engañoso lema de la “solidaridad”, es decir, con la promesa de que por la vía de un “liberalismo social” retornaría el crecimiento económico y que, tras la inevitable sacudida por un cambio tan brusco, se lograría una distribución justa de la riqueza acumulada pero con bases más sólidas. Finalmente, se dijo que el nuevo sistema abriría en definitiva las puertas a la democracia política pues inevitablemente el corporativismo iría al basurero de la historia. Al final el resultado no correspondió a la promesa.

Desde la perspectiva de sus promotores, la viabilidad del neoliberalismo en México se aseguraría con la negociación de un histórico acuerdo de libre comercio entre México y la gran potencia hegemónica y vecina Canadá. Obviamente los remanentes del nacionalismo revolucionario ya eran un lastre y se echaron por la borda para poder enganchar la maltrecha economía mexicana como cabús a la gran locomotora económica de los Estados Unidos y Canadá a cambio de ser parte de una supuesta gran esfera de coprosperidad de la América del Norte, (Rafael Lemus, *Breve historia de nuestro neoliberalismo. Poder y cultura en México*, 2021).

LA CUARTA TRANSFORMACIÓN. El neoliberalismo significó en México un gran y brusco cambio económico, político y cultural pero también un acelerado y agudo proceso de dependencia. El destino del 80% de las exportaciones mexicanas se dirigieron a un solo mercado: el norteamericano y las remesas provenientes de los mexicanos en Estados Unidos llegaron a superar los 50 mil mdd. anuales. Desde el inicio el proceso de privatización se asumió radical pero nunca dejó de estar envuelto en una atmósfera de gran corrupción. Al final, el crecimiento económico fue mediocre pero la concentración de la riqueza resultó escandalosa: en 2021 el 1% de la población mexicana adulta poseía ya el 47% de la riqueza personal del país, (*World Inequality Database*, 2023).

En la arena de lo estrictamente política, una consecuencia inevitable de la “revolución neoliberal” fue el debilitamiento de las bases corporativas del PRI lo que favoreció el fortalecimiento de las oposiciones que desembocó en una histórica primera alternancia de partidos en la presidencia por la vía del voto. El cambio se dio en el año 2000 y por la derecha. El PAN asumió la presidencia y la retuvo por doce años pero la perdió sin haber intentado una modificación significativa del régimen. El primer

Centenario de la Revolución Mexicana en 2010 pasó con apenas algunos actos desangelados y que evitaron destacar el legado nacionalista del gran levantamiento popular. En 2012 retomó la presidencia el PRI bajo el liderazgo de uno de sus componentes más fuertes y corruptos: el del Estado de México, que ya no pudo retenerla en 2018. En ese año una votación masiva en favor de la oposición de izquierda encabezada por Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y el partido MORENA consiguió, una victoria aplastante y el discurso nacionalista revivió.

De tiempo atrás AMLO había sido caracterizado por los medios internacionales como un populista de izquierda y nacionalista. Y en efecto, el nuevo presidente logró construir a través de un trabajo de décadas una amplia base popular y se propuso usar los instrumentos del gobierno para empezar a introducir cambios en el régimen en función de un objetivo resumido en el eslogan “primero los pobres”. Desde el inicio, el discurso nacionalista y con constantes referencias acompañó todas las acciones del gobierno lopezobradorista.

La reemergencia del nacionalismo en 2018 tuvo lugar en el contexto construido por el neoliberalismo y los tratados de libre comercio en la América del Norte: el TLCAN y posteriormente TMEC. Obviamente el nacionalismo mexicano del siglo XXI pudo usar los nacionalismos anteriores como inspiración pero debió empezar a dar forma a uno nuevo. En cualquier caso el punto de referencia siguió Estados Unidos pero adaptado su discurso y acción a un entorno internacional donde China está emergiendo como un nuevo y gran polo en el sistema internacional. Y aunque todo hace suponer que el XXI ya no será “un nuevo siglo norteamericano” como lo supusieron sus ideólogos conservadores, para México todo apuntaba a que la dependencia del vecino del norte no disminuirá en un plazo previsible y quizá se hará más fuerte. En las condiciones actuales el lopezobradorismo se ha mostrado realista y no se ha empeñado en la búsqueda de alternativas utópicas sino en dar forma a un nacionalismo defensivo que ayude a defender la soberanía posible frente a Estados Unidos. Ese puede ser el sello de la 4T.

AMLO ha tenido que tratar con dos administraciones contrastantes en Washington: una republicana que en su inicio se mostró particularmente hostil hacia México y otra demócrata que con un discurso distinto, amigable, pero en esencia apenas diferente. De tiempo atrás AMLO

sostuvo que la mejor política exterior mexicana debe ser una buena política interna que no dé motivo a la potencia hegemónica a intervenir en los asuntos internos del país. Sin embargo, las debilidades y corrupción de las instituciones mexicanas en materia de seguridad, de trasiego masivo de drogas, de migrantes indocumentados y otros fenómenos asociados, se mantienen como fuentes potenciales de conflicto con la gran potencia lo mismo que la legislación nacionalista en el la explotación del petróleo, la electricidad o la posible producción de litio.

Ante el flujo de migrantes que pasan por México para tratar de ingresar a como dé lugar a Estados Unidos, el gobierno de México ha colaborado con Washington para regularlo y desalentarlo pero, a la vez, ha insistido en que Estados Unidos debe ayudar al desarrollo económico de Centroamérica para crear empleos en esa región. Ante la posibilidad anunciada por el presidente Trump de echar abajo el tratado de libre comercio AMLO tuvo que negociar su modificación. Por otro lado, el presidente mexicano presionó con éxito para arrancar de manos del Departamento de Justicia norteamericano a un exsecretario de Defensa de México y modificó los términos en que los agentes norteamericanos de la DEA operan en México. En materia latinoamericana, AMLO ha disentido explícitamente de las políticas de bloqueo económico y político que Washington mantiene contra Cuba y Venezuela y ha tenido gestos de apoyo muy claros hacia el gobierno de La Habana.

En suma, el gobierno de AMLO ha tenido que aceptar pero no sin negociar una de las grandes herencias del neoliberalismo: la integración de México a la economía de América del Norte. Sin embargo, lo ha hecho proponiendo que la meta debe ser no solo la integración económica de la América Norte, región donde México es el actor más débil, sino de toda América argumentando que tal integración redirigiría capitales y tecnología de la América anglosajona a la latinoamericana para aumentar la autosuficiencia y seguridad regionales. Esta propuesta no es, en esencia, diferente de la que México propuso a inicios de 1945 a Estados Unidos en la Conferencia de Chapultepec y que Washington desechó de inmediato. ¿Correrá mejor suerte esta vez la propuesta mexicana? Probablemente no, pero al menos deja en claro cuál es el proyecto del nacionalismo mexicano del gobierno actual: ante la imposibilidad de tomar distancia de la gran potencia hay que generar aliados con intereses semejantes en el resto de América. ←

